

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL PANEGIRICO DE SAN AGUSTIN,

Predicado por Maury en la iglesia de los Grandes Agustinos, el 28 de Agosto de 1775, en presencia de la asamblea general del clero galicano.



AMOS á analizar uno de los mas bellos discursos que enriquecen la literatura sagrada, el que pronunció ante la asamblea del clero galicano en el elogio de San Agustin el cardenal Maury, quien con tanto acierto escribió sobre los panegiricos sagrados, en su ensayo sobre la elocuencia del púlpito. Deudores á sus grandes talentos y á su bien formado gusto de una serie ordenada de principios que deben guiar la pluma del orador cuando describe los caracteres distintivos de los santos, y reune los títulos que tienen á la admiracion pública, tenemos igualmente la obligacion de reconocerle como un modelo de la elocuencia sagrada en el género encomiástico. A él tocaba lamentarse de no encontrar para este, modelos en Massillon y Bourdaloue; á nosotros corresponde señalar sus panegiricos de San Luis, de San Agustin y San Vicente de Paul, obras de inestimable mérito en que manifestó su autor serle tan familiar encarecer y describir las grandes virtudes de los santos, como á Massillon penetrar los misteriosos recintos del corazon humano, y á Bossuet ajar á la orilla del

sepulcro y de una manera sublime, la magnificencia y las glorias que el mundo dispensa á los insensatos que saben tributarle sus cultos.

Lástima es que por falta de tiempo y por amor á la brevedad nos vemos privados de la satisfaccion íntima que produce un detenido análisis de aquellas tres obras maestras de la elocuencia demostrativa; pero convidando á nuestros alumnos con la lectura de estos modelos, y una lectura detenida y escrupulosa verificada siempre á la luz de la crítica, nos limitaremos aquí á presentar algunos ejemplos tomados del panegírico de San Agustín.

Este discurso pronunciado delante de la asamblea del clero de Francia, coronó, como se explica Chenier, la reputacion literaria, ya muy extendida, de este amable escritor. Esta circunstancia no debe perderse de vista para estimar como es debido el mérito de la composicion: porque si el juicio del auditorio ha sido en todos tiempos considerado por la crítica; el de un auditorio como el que escuchó el panegírico de San Agustín, era un fallo decisivo, puesto que se componia de los hombres mas eminentes del clero galicano. Un auditorio semejante reunia sin duda todas las cualidades de un criterio de primer orden. Su sabiduría jamas hubiera tolerado aquella falta de solidez en que incurre la superficialidad; su inclinacion á la virtud hubiera desechado unas alabanzas estériles incapaces de contribuir á la edificacion de los cristianos; su amor á la elocuencia hubiera fallado sin apelacion contra un desnudo relato histórico, unos movimientos afectados y un estilo falto de calor y de vida; su gusto en los ápices de la perfeccion hubiera proscrito siempre el tono declamatorio y vago, el falso colorido, los frívolos adornos y la vana pompa del lenguaje; la reputacion del orador debia hacerle esperar una obra mas que perfecta, es decir, una obra superior á las que se habian ya celebrado tanto, y en la cual, ademas de la fiel observancia de las reglas, se encontrase aquella superabundancia de perfeccion que excede los límites del talento, y que solo el ingenio puede comunicar á las obras maestras del espíritu humano. El discurso fué dicho, y los homenajes, tributados incesantemente á su autor, anuncian que los primores de esta pieza no solo coronaron sino que excedieron con mucho á las esperanzas que de antemano habia hecho nacer el eminente y conocido mérito de Maury.

Dejemos á la envidia desechada pulir mas bien que morder con su inmundo diente un talento que ha obtenido votos tan ilustres: queremos hablar de Sabatier que en la obra

fia de este orador, lo mismo que en la de Marmontel, L'Harppe, Thomas y otros muchos que obtuvieron ventajas y consideraciones á que él aspiró inútilmente, incapaz de reducir su crítica á la censura de algunas imperfecciones, y de decir con Horacio: *Sunt delicta tamen, quibus ignovisse velimus*; ó bien, *ubi plura nitent, non ego paucis offendar maculis*, calla las bellezas, multiplica los defectos y lo censura todo con excesiva acrimonia.

Prescindiendo pues de estas miserias tan propias de la medianía, entremos en materia, examinando á la luz de los principios de una sana crítica esta composicion digna por mil títulos de figurar en el primer rango de los panegíricos sagrados.

Toma el orador por texto aquellas palabras de Ezequiel, tan propias para reasumir el grande asunto de este panegírico: "Y será un modelo para vosotros: lo mismo que él ha practicado, practicaréis vosotros; y conoceréis entónces que yo soi el Señor Dios." Acomodando á su asunto el sentido de este texto que se refiere á Ezequiel en uno de los lances mas críticos de la vida doméstica, abre su panegírico con este magnífico exordio.

"Señores: el grande nombre del obispo de Hipona viene de continuo á fortificar y engalanar nuestros discursos; resuena todos los días en nuestros templos, y parece que ya no podemos subir á los púlpitos cristianos sin apoyarnos en las obras de San Agustín. Pero la Iglesia galicana le decreta en este dia un homenaje mas grandioso. Nuestros Pontífices reunidos vienen á dar al Ser Supremo solemnnes acciones de gracias, bendiciéndole todos por el inestimable presente que se dignó hacer á su Iglesia al concederle este invencible defensor, cuyos escritos han ministrado en nuestro siglo¹ la refutacion mas completa y victoriosa de todas las herejías que han despedazado el seno de la Iglesia desde el principio del cristianismo hasta nuestros dias."

"Estos innumerables triunfos de la religion no pudieran jamas describir á los ojos de tan augusta asamblea la santidad y el genio de Agustín sin que su preeminencia inflamase rápidamente la noble emulacion del Cuerpo Episcopal, de quien aguarda el mas bello de todos los elogios, el de mirarse revivir en Francia en sus sucesores en todos los tronos del santuario. Grande es la admiracion que me inspira este hombre tan insigne; pero un objeto mas

1 Alude al célebre cardenal Cozza.—Nota del autor.

“ importante, un objeto inseparable de vosotros se ofrece
 “ hoy á mi pensamiento, para servir á este panegirico de
 “ asunto. Vosotros, señores, habéis sido llamados de lo alto
 “ á reproducir este modelo eterno del episcopado, que ha
 “ hecho ver al mundo la influencia de que es capaz un obis-
 “ po, aun en una silla oscura, sobre los destinos de la Igle-
 “ sia universal. Imitadle pues, os dice el Eterno por el ór-
 “ gano de su profeta; imitadle, yo haré descender sobre vues-
 “ tro apostolado mis bendiciones mas abundantes, y así re-
 “ conoceréis que yo soi el Señor. *Erit vobis in portentum:*
 “ *juxta omnia que fecit facietis; et scietis, quia Ego Domi-*
 “ *nus Deus.*”¹

“ Para celebrar dignamente en presencia de la Iglesia ga-
 “ licana al mas profundo y al mas ilustrado de todos los
 “ Santos Padres, segun el soberano juicio de Bossuet, á un
 “ escritor que, consagrando su genio á la defensa del cristia-
 “ nismo, se mostró siempre superior á su siglo, y que hu-
 “ biera ilustrado en los fastos de la Iglesia nuestro siglo
 “ XVIII tan fecundo en talentos de primer orden, ¿qué de-
 “ bo yo hacer! ¿por ventura callar! Si delante de una asam-
 “ blea de reyes tuviese que alabar uno de aquellos monar-
 “ cas que mas preconiza la historia; en vez de discutir aquí
 “ los principios de su política, pintaria la virtud y la gloria
 “ sentadas en el trono; y jamas entenderia haber desempe-
 “ ñado plenamente mi ministerio sino despues de haber ase-
 “ gurado émulos á mi héroe en este auditorio compuesto de
 “ los señores del mundo.”

“ Encargado de pronunciar el elogio de un obispo de la
 “ mas alta reputacion en medio de la tribu sagrada de nues-
 “ tros Pontífices, me creo, señores, muy autorizado por vues-
 “ tras virtudes y talentos, para ofrecer á vuestra imitacion
 “ un objeto tan digno, presentándole incesantemente á vues-
 “ tra vista, como uno de los mas bellos genios y mas ex-
 “ traordinarios hombres que han honrado el órden episco-
 “ pal. A ejemplo de San Próspero, celebraré las victorias
 “ de Agustin; pero no analizaré sus controversias. Haré
 “ notar el concurso de su erudicion con su elocuencia, de
 “ su celo con su dulzura, de su humildad con sus triunfos;
 “ y mientras que yo refiera los hechos, vosotros los apli-
 “ caréis espontáneamente al objeto moral de este discurso.
 “ Inhábil para dar lecciones á mis maestros en la ciencia del
 “ cristianismo, me contentaré con poner en accion los ejem-
 “ plos del mas grande modelo que puede ofrecerse jamas

¹ Estas palabras son del cap. XXIV V 24 de Ezechieh.

“ á un senado de obispos. Obligado á reducirme en un
 “ asunto tan vasto, aproximando los lugares, los hombres,
 “ los pueblos y los siglos, escogeré de preferencia en la his-
 “ toria del obispo de Hipona los rasgos mas apropiados á
 “ tan respectable auditorio; porque vosotros habéis estado
 “ presentes á mi espíritu, desde que vuestras órdenes me
 “ llamaron al terrible honor de pronunciar el panegirico de
 “ San Agustin delante del clero mas escogido, de los repre-
 “ sentantes de la Iglesia galicana; y muy anticipadamente
 “ me he trasladado á este púlpito siempre que he meditado
 “ sobre la gloria.”

“ Con tal designio voi á recorrer nuestros anales sagrados.
 “ Colocado entre el cuerpo de los primeros pastores y el
 “ altar del obispo invisible de las almas, voi á establecer,
 “ apoyado en los hechos que me ministra la historia de
 “ Agustin, todos los servicios que la religion puede esperar
 “ de un grande obispo, y toda la gloria que un grande obis-
 “ po puede esperar de la religion. Tal es el objeto y tal
 “ será el plan de este discurso. A San Agustin correspon-
 “ de admitir y justificar este homenaje; porque sin duda es
 “ una maravilla de las mas admirables en los fastos de la
 “ religion, encontrar en la vida de un solo hombre todos los
 “ colores que necesito para llenar estos dos cuadros. *Erit*
 “ *vobis in portentum: juxta omnia que fecit, facietis; et scie-*
 “ *tis, quia ego Dominus Deus.*”

“ ¡Pontífices de Dios vivo! Para pintar bien á San Agus-
 “ tin en esta cátedra, seria necesaria la elocuencia de Bos-
 “ suet; pero felizmente la gloria del obispo de Hipona no
 “ ha menester de los recursos del arte: vuestra presencia
 “ la elogiará mejor que mis palabras; y vuestros ejemplos
 “ persuadirán sin duda la verdad de las admirables narra-
 “ ciones que vais á oír en este dia. La libertad santa de
 “ mi ministerio es el mas bello tributo que soi capaz de ofre-
 “ cer á la Iglesia de Francia reunida en este santuario. An-
 “ tes de elevarme á tan grandes objetos necesito mas que
 “ nunca la asistencia del Espíritu Divino. Yo la imploro
 “ por la intercesion de su casta Esposa. Ave María.”

Causa pena ver á un ministro del Evangelio abandonarse
 con tan grande entusiasmo á las ilusiones de la gloria lite-
 raria en el recinto del templo cristiano, y al frente del taber-
 náculo del Dios vivo ocupar á un auditorio tan augusto en
 consideraciones privadas respecto de su persona, laxando así
 desde el principio los enérgicos resortes de la palabra divi-
 na; pero al través de estas manchas no puede ocultarse que
 el orador, poseido plenamente de su asunto, anuncia desde

su ingreso á la materia por la economía del exordio que va á pronunciar un panegírico, donde lo principal son los hechos, y la moralidad consiste en las aplicaciones del auditorio, circunstancia que nunca aparece por lo comun en las obras encomiástico-sagradas de los otros oradores. Por lo demás, la noble sencillez con que está trabajada esta introduccion, el uso de las circunstancias mil que ofrecia la respetable concurrencia de tantos eclesiásticos insignes por sus luces, por sus dignidades y poder, para sacar cualquiera asunto de la esfera comun; el enlace oratorio de los pensamientos por donde pasa á fijar su proposicion; la eleccion, aplicacion y desenvolvimiento de un texto que, sin ser mui característico, es bastante fecundo, nos obligan á mirar este exordio como digna portada de un templo magnífico, elegante y lleno de primores.

Profesamos grande respeto al cardenal de Maury para terminarnos á censurarle sin ser estrechados por motivos mui poderosos. Pero, á mas de haber visto en sus defectos un ejemplo mui funesto para la juventud que se forma en las ciencias eclesiásticas, una casualidad feliz nos proporciona la imponderable ventaja de apoyar nuestra crítica en la autoridad de este orador. Oigamos lo que dice él mismo en su Ensayo sobre la elocuencia del púlpito. Increpando fuertemente á los oradores que buscan mas bien la celebridad entre los hombres, que los adelantos del cristianismo en la virtud: “¿No tenéis, les dice, sino motivos humanos que des- envolver en esa cátedra donde ejercéis la autoridad del Supremo Juez del universo? ¿No conocéis por ventura otros medios extraños y superiores á los intereses de la vida presente...? Pero á una ciega inclinacion á brillar se sacrifica la sólida gloria, fácil de adquirir abandonándose á los impulsos de la piedad, tan estrechamente unida con la sensibilidad que requiere la elocuencia... Seria de apetecer sin duda que al sujetarse á los penosos trabajos del ministerio, contentos con ser útiles á la religion, viesen los oradores que aquellos nunca serian dignamente recompensados por el vano y estrepitoso ruido de la celebridad.”

Leccion sublime es esta, que arguye un sentido crítico tan delicado como aquella sábia circunspeccion que, incapaz de limitarse á los artificios de la retórica, liga estrechamente con ellos la importancia del asunto, y determina presto á los maestros del arte á medir y compasar sus palabras cuando se trata de caracterizar la elocuencia evangélica. ¡Porqué triste fatalidad el mismo que nos arranca tan dulces homenajes en su estimable obra sobre la elocuencia del púlpito, el

grande admirador de Bossuet y Fenelon, olvida tan profundos principios y ejemplos tan elevados cuando abre su boca para celebrar los triunfos de un Santo Padre que con admirable destreza hermanaba siempre la humildad con la victoria!

PRIMERA PARTE.

El genio cae algunas veces; pero su fuerza prodigiosa de accion incapaz de abandonarle, mui pronto le eleva á una esfera superior, de donde no nos es ya posible bajar nuestros ojos. Así es que al introducirse el orador en su primera parte, abre la escena con una grande y hermosa perspectiva, tras de la cual se oculta para ocuparnos exclusivamente en el cuadro político y religioso que precedió al nacimiento del héroe sagrado.

“Representémonos, dice, en el nacimiento de Agustin la “ Europa inundada de bárbaros; el trono de los Césares “ trasladado ó mas bien sepultado en el Oriente; usurpado- “ res sin genio disputándose una diadema envilecida y siem- “ pre vacilante sobre la frente de un fantasma sin autoridad; “ Roma caída, no diré solamente de su libertad antigua, si- “ no aun de aquella esclavitud brillante con que osaba enor- “ gullecerse, cuando sus primeros emperadores se dignaban “ á lo ménos acariciar su fiereza, presentándole el freno; ¹ “ los descendientes de los árbitros del mundo no conocien- “ do ya otras revoluciones que las mudanzas de opresores; “ los Gaulas destruidos por una invasion extranjera y tras- “ tornados por sediciones intestinas que arrebataron á aque- “ lla infeliz comarca sus costumbres, sus leyes, sus habitan- “ tes y hasta su nombre; el cristianismo agitado por sacudi- “ mientos repetidos que prolongaban al mismo tiempo sus “ desastres y sus victorias, apoyándose de una parte en la “ cruz triunfante de su Divino Fundador, y por otra en el “ cetro tutelar de Constantino; la religion del imperio y to- “ das las otras fábulas religiosas del universo sacudidas á “ la vez en su origen por la sola conmocion de respeto y en-

¹ Non modo á libertate; sed etiam a servitute degenerant. Tac. De moribus Germ.